

(02064)

De sorpresa en sorpresa

—Una semana de infarto (4ª parte)—

PRIMERA ENTREGA

La mañana del miércoles transcurría bastante plácida en el Instituto. El grave incidente del lunes ya era historia aunque aún quedaban algunos rescoldos que apagar. El órgano máximo del profesorado publicaba hoy en la prensa local un comunicado que había levantado ampollas en ciertos sectores de la Administración de Mospintoles y de la capital. En él se decía que la agresión a varios profesores era una más de las que habitualmente sucedían en los centros de enseñanza y a las que la Administración daba la llamada como respuesta. Sí, se venía insinuando con considerar las agresiones a los docentes como un ataque a la autoridad, lo cual podría agravar las penas de los culpables, pero el tiempo pasaba y aquello era otra promesa incumplida. “No legislar en caliente” era la justificación dada, pero rara era la semana en que no se producía algún incidente en cualquier instituto o colegio de la Comunidad por lo que el asunto siempre estaba “caliente”. Desde la Consejería de Educación habían llegado las quejas por el alto voltaje del escrito en forma de llamada a Belmonte, el director. Este se defendía señalando que era un texto consensuado por todos los profesores y que él no podía censurarlo, a pesar de que no comulgaba con muchas de las cosas que allí se decían. Tras colgar el teléfono convocó a su equipo directivo y les dijo:

—Estad en guardia y tened todo a punto y en orden porque la Inspección va a venir a meternos un puro con el más mínimo pretexto.

Poco después recibió la llamada de Segis, el alcalde. El regidor echó una filípica a Belmonte porque el escrito del Instituto señalaba también que las medidas de seguridad solicitadas al Ayuntamiento para que varios números de la Policía Local vigilasen las entradas y salidas así como los recreos (había rumores de venta de droga, cerca de la valla) nunca se habían llevado a cabo. Belmonte cogió un fuerte rebote con el alcalde porque este, personalmente, y en varias ocasiones, le había prometido esa vigilancia aunque nunca había llegado a materializarse. Segis se limitó a decir que con la crisis no había presupuesto para ampliar la plantilla y esta

Crónicas (deportivas) de Mospintoles © Cogollo y Mirlitón

<http://www.mospintoles.com>

ya era escasa para atender todos los problemas que había en la ciudad. Además, le dijo textualmente, “el Instituto lo que tiene que hacer es cerrar las puertas minutos después de la hora de entrada y no abrirlas hasta el momento de la salida, ni siquiera en el recreo”. Belmonte le dijo que eso no podía ser y el alcalde respondió que tampoco podía ser lo de la policía. Tras acabar la entrevista telefónica como el rosario de la aurora, Belmonte volvió otra vez a convocar a su equipo:

—Estad en guardia y tener todo a punto y en orden porque la Inspección municipal va a venir a empapelarnos con el más mínimo pretexto o chorrada.

—Pues no veas cómo se van a poner cuanto lean el comunicado de la AMPA—dijo el secretario.

—¡Ostras, la AMPA! —Belmonte se llevó las manos a la cabeza—. Dios mío, lo que puede salir de ahí... ¿Y por qué no me habéis dicho nada? Yo habría intentado dulcificar la cosa, que tampoco es para tomárselo así, oye, que un descerebrado entre tanto padre y madre decentes no es sino la excepción. Joder...

—¿Lo dices porque hemos salido en todas las televisiones, radios y periódicos regionales a cuenta de la navaja de ese Remigio? —preguntó la jefa de estudios, aunque ya sabía la respuesta de Belmonte.

—Lo digo porque no hay más que cuervos fuera de este recinto. Bueno, tampoco estoy muy seguro de que no haya también algunos aquí dentro.

Justo en ese momento le pasaron a Belmonte la llamada de la presidenta de la AMPA. Sus más cercanos colaboradores salieron del despacho cruzándose con don Faustino en el pasillo. El viejo profesor llevaba toda la mañana dando clase en el Instituto. Era su día más ajetreado de la semana. Acababa de empezar el recreo y decidió ir a ver al director. Desde el lunes no había vuelto a saber de Carlos, el profesor de gimnasia, y tenía curiosidad por saber qué había sido de él. Cuando entró en el despacho Belmonte seguía hablando por teléfono. Por la voz se le notaba cansado y harto. A una señal de don Faustino de que luego volvería, el director del Instituto Fernando Orejuela le hizo señas de que entrara y se sentase. Así lo hizo don Faustino mientras Belmonte prosiguió la conversación telefónica. Era evidente su deseo de que el viejo profesor escuchase lo que se traía entre manos.

—En resumen, doña Juana, que a usted y a mí nos han metido un gol con ese escrito de la AMPA. Como presidenta usted debería haberlo leído antes de firmarlo y, por supuesto, debería habérmelo presentado antes de darlo a la prensa. Sí..., ya... ya...,

Crónicas (deportivas) de Mospintoles © Cogollo y Mirlitón

<http://www.mospintoles.com>

si lo entiendo... entiendo que varios miembros de la junta directiva han abusado de su confianza pero para eso estoy yo, para unir voluntades, para limar asperezas... sí... sí, por supuesto... si ya sé que usted está hasta el peluquín de algunos de sus colaboradores. Claro... claro... usted se metió en esto para trabajar por el bien de los críos y echar una mano y, en cambio, hay gente que sólo se ha metido ahí por motivos políticos o para fastidiar... Ya lo sé..., sí, ¿cómo?... ¡no me abandone en estas circunstancias, mujer! Espere a finalizar su mandato, doña Juana, así me dará tiempo a buscar a alguien de confianza que pueda sustituirla. Ya sé, sí... que sí, mujer, que usted no ha tenido la culpa de nada pero imagínese la que tengo yo y hoy me han puesto a caldo en la Consejería y en el Ayuntamiento. Imagínese la que me espera cuando esa nota de la AMPA vea la luz pública mañana en los periódicos. Ah, que esta noche... ¿cómo?... ¿Susana Crespo? ... la periodista de "Radio Pelota", sí... ¿y qué pinta en esta historia? Ah..., sí, en primicia leerá la nota en el programa... que dios nos coja confesados... Sí...,sí... doña Juana, usted tranquila... sí... sí... no, no se preocupe que usted no tiene culpa de nada, déjelo todo en mis manos... bueno, hasta luego, adiós... ¡Uf, qué pesada la pobre mujer! Más que una vaca en brazos...

Don Faustino se quedó mirando a Belmonte en espera de que éste abriese de nuevo el pico. Y lo abrió:

—Doña Juana, la presidenta de la AMPA... Sí, muy buena mujer, la tienes dispuesta para cualquier cosa que haya que hacer por el Centro pero la pobre de tan buena es tonta.

—Pues bien que la engatusaste para que se presentara...

—Acerté en su bondad, sana disposición y fidelidad, pero erré en su tontura...

—Todo no se puede tener, Belmonte.

—Pues ya has oído. Esta noche esa tal Susana leerá la nota en su programa. Así que mañana por la mañana me van a caer rayos y truenos nada más llegar aquí. Me la ha leído y es un desastre, don Faustino, un desastre y una exageración... Si hoy me han llamado la atención por el comunicado de los profesores comentando lo del lunes...

—Libertad de expresión, Belmonte, equivocada o no...

—De eso no entienden ni en la Consejería ni en el Ayuntamiento. Se creen que yo aquí puedo controlar y silenciar a todo bicho viviente, como hacen ellos en sus chiringuitos respectivos. ¡Me echan a mí la culpa del puñetero comunicado!

—Ni caso, Belmonte. No permitas que te levanten la voz ni que te ninguneen... Por cierto, no he visto a Carlos y quería saber qué pasa con él. ¿Ha cogido una baja por unos días, como es habitual en estos casos, o qué?

—Le han dicho que no aparezca por aquí en una semana hasta que todo se calme. He tenido que convencerle y hasta amenazarle con que no quiero verlo en el Instituto en ese tiempo. Otro que tal, más duro de mollera que la cáscara de una almendra... Aquí todo el mundo con su rollo... y yo a comerme los marrones de todos.

—Pues haz lo que yo hice cuando estuve en la dirección y llegué también a esa misma conclusión. Cuando acabó mi mandato les hice un corte de mangas a todos y me largué. Y mira qué contento estoy...

A las dos de la tarde don Faustino acabó su jornada laboral. Normalmente se quedaba una media hora ordenando cosas en el aula o haciendo algunas anotaciones pero esta vez tenía prisa. Había quedado a primera hora de la tarde con Sebastián Matute para ver un coche de segunda mano que tenía en el taller y cuyo dueño lo vendía, al parecer, a buen precio. Luego quería pasarse por el Complejo Deportivo para relajarse un poco en la piscina y, finalmente, acudiría al Bar Manolo para charlar con su amigo y echarse una partida de ajedrez consigo mismo. Cientos de chavales salían por la puerta del Centro al mismo tiempo que él. Algunos se hacían los remolones en la acera, esperando a sus compañeros. Otros se montaban en coches que estaban esperándoles para llevarles a casa. Los más, caminaban lentamente entre risotadas y tonterías. Prefirió alejarse de la aglomeración y tomó para ello una calle lateral por donde estaba prohibido el tráfico. En quince minutos de caminata tranquila estaría en casa. No era aquel su recorrido habitual pero esta vez prefirió realizar ese trayecto aunque fuese más largo.

Mientras caminaba iba mirando con detalle a su alrededor. Aquella calle, triste y solitaria, olía mal. Estaba sucia, con numerosos folletos publicitarios esparcidos por el suelo. También había cacas de perro y algunos salivazos. Varias papeleras estaban arrancadas de cuajo y casi todas las paredes aparecían emborronadas con grafitis ridículos. No era la única calle de la ciudad que se encontraba en circunstancias tan

lamentables, pese a que el centro no estaba muy lejos de ella. Recordó su compromiso con la candidatura de María Reina de cara a las próximas elecciones municipales y anotó mentalmente que esa calle debía ser una prioridad antes que otras. Su estado de abandono siempre le provocaba malestar cuando decidía atravesarla, cosa que solía evitar. Pasó por delante de varios contenedores de basura que echaban un olor nauseabundo. Por si fuera poco, varias bolsas estaban en el suelo, abiertas. O mala educación de algunos pésimos ciudadanos o el típico paria que había estado hurgando en el contenedor en busca de algo de valor y allí había abandonado los despojos de su búsqueda. Un poco más adelante parecía que varios jóvenes estaban entretenidos en hacer ruido.

Don Faustino siguió andando. Cuando llegó a la altura de los chavales comprendió el objeto de la escandalera. Dos de ellos estaban tirando petardos en el interior de una papelera, quizás la única que todavía estaba viva en aquella asquerosa calle. Otros dos acababan de encender un trapo y estaban abriendo un contenedor con la intención de introducirlo dentro. El viejo profesor los vio tan entretenidos con sus fechorías que ni se habían dado cuenta de que él se acercaba. En realidad la llegada de aquel hombre mayor les importaba tres cominos.

—¿Qué demonios estáis haciendo? ¡Es mobiliario urbano de todos!

—¿Y qué? –le espetó chulescamente el que parecía mayor. No pasaría de los 18 años, según le echó cuentas el profesor.

—Esa papelera y ese contenedor lo han pagado vuestros padres, la gente de la ciudad... No os hacen ningún daño...

—¿Y qué? –le volvió a repetir el mismo chulo de antes mientras que sus tres colegas se situaban estratégicamente alrededor de don Faustino.

—Si no sabéis cuidar vuestra ciudad no merecéis vivir aquí...

—¿En dónde merecemos vivir entonces, viejo?

—¡En el infierno!

En ese momento comenzó a salir humo del contenedor de basura. Los jóvenes se miraron unos a otros dudando qué hacer. El que era más pequeño de estatura hizo un gesto diciendo que había moros en la costa. En efecto, al final de la calle se veía una pareja de policías locales que venían hacía donde ellos se encontraban, seguramente alertados por algún vecino que había oído los petardazos. En cuestión

Crónicas (deportivas) de Mospintoles © Cogollo y Mirlitón

<http://www.mospintoles.com>

de segundos el contenedor empezó a arder y en cuestión de microsegundos aquellos zánganos salieron corriendo que se las pelaban en dirección contraria a la de los agentes. Don Faustino siguió su camino, imperturbable, y se topó con ellos.

—¿Está usted bien, señor?

—Un poco ahumado, agente, pero bien. Celebro verles por aquí.

Don Faustino se despidió amablemente y prosiguió su camino mientras los municipales llamaban a los bomberos. Entonces empezaron a temblarle las piernas. Acababa de darse cuenta que había cometido una gran imprudencia. Aquellos cuatro jóvenes le podían haber dado un susto de muerte. Y todo por una papelera medio rota y un sucio contenedor... Mientras oía a lo lejos el sonido de una sirena hizo memoria sobre la fisonomía de aquellos gamberros. Sólo se había quedado con el rostro de quien le había chuleado. Una cara en la que nada destacaba por encima de la normalidad. Sólo un piercing negro, en forma de cruz, que colgaba de su oreja derecha. Conforme avanzaba en dirección a la avenida principal que cortaba aquella calle tan sórdida, la sirena se hizo más cercana. Fue en ese momento, justo cuando aparecía a toda pastilla una camioneta de bomberos, cuando cayó en la cuenta que otro de los jóvenes, aquel que había alertado por señas a los demás sobre la llegada de la pareja de municipales, tenía una gran cicatriz en la mejilla izquierda.

SEGUNDA ENTREGA

—¡Hombre, don Faustino! ¡Dichosos sean los ojos que le ven y las orejas que le oyen!

La cordialidad de Sebastián Matute no era nada ficticia. En verdad que se alegraba mucho de ver al viejo profesor. Le dio dos palmadas en el hombro, le señaló el sillón en que debía sentarse y cerró la puerta del despacho. No quería que nadie del taller les importunase. En las últimas horas tenía varios asuntos que tratar con el profesor y no tardó mucho en hincarles el diente. Cordialidad, sí, pero mucha retranca, también.

—En Mospintoles es usted un héroe...

—¿Y qué he hecho para merecer semejante calificativo?

—¡Hombre, si no llega a ser por usted quizás hablaríamos de algún muerto!

Crónicas (deportivas) de Mospintoles © Cogollo y Mirlitón

<http://www.mospintoles.com>

—Yo mismo, Sebas. Cuando aquel tipo se dio la media vuelta y me enfiló con la faca, me vi más allá que acá. Menos mal que el profe de gimnasia estuvo al quite...

—Sí, pero antes de su llegada al lugar de los hechos le salvó a él de una cuchillada segura y quién sabe si de algo peor...

—Veo que Radio Mospintoles tiene muchos seguidores...

—A decir verdad, Susana lo está bordando. Nos tiene enganchados por la noche con sus relatos.

—Se está haciendo toda una periodista...

—Sí... —Matute cogió dos caramelos que tenía en la mesa, le ofreció uno a don Faustino, que lo rehusó, y tras meterse el suyo en la boca, atacó por otra vía.

—Piquito, antiguo alumno suyo, está triunfando... Susana va camino de ello... Cómo me gustaría que otro alumno suyo, mi hijo Sergio, también llegue algún día a ser un tío importante. Por de pronto ya se nos ha hecho un hombre...

—No mareas la perdiz y dime que te lo estoy pervirtiendo...

—Qué va, don Faustino. Yo encantado de la vida... Prefiero que aprenda con usted para qué sirve el aparato que llevamos colgando de la entrepierna a que se lo cuenten fatal sus compañeros o algunas series de televisión.

—Los hijos crecen, Sebas...

—Joder que si crecen... Te crees que siguen creyendo en Caperucita Roja y el lobo hasta que un buen día, de sopetón, te hablan de que Caperucita folla con el lobo.

—No seas borde, hombre...

—¿Borde? "Por cierto, papi, ¿los condones que venden por internet son fiables?"—. Sebas imitó la voz de su hijo Sergio y don Faustino, al oírla, se descojonó de risa—. ¿Eso le enseñan en el Instituto?

—¿Y vosotros qué le enseñáis? —Don Faustino se puso serio. El Sebas había pinchado en hueso así que también cambió el semblante.

—Le dejamos que aprendan solos. Queremos que sean niños el mayor tiempo posible pero los muy puñeteros crecen a nuestras espaldas. Se hacen mayores sin nuestro permiso y cuando nos queremos dar cuenta son como nosotros, sin

Crónicas (deportivas) de Mospintoles © Cogollo y Mirlitón

<http://www.mospintoles.com>

inocencia alguna. Tiene razón, profesor. Las familias deberíamos implicarnos más en la educación de nuestros chavales. Hemos desertado... La verdad es que nuestros padres tampoco nos enseñaron mucho a nosotros. Tuvimos que ser bastante autodidactas. Y así sigue la rueda...

—Pues alguna vez habrá que romperla...

—No son buenos tiempos para romper nada, don Faustino. Como este crío es un charlatán no me extrañaría nada que le haya ido contando que... María y yo no estamos para tirar cohetes. Vamos, que nuestro matrimonio anda algo torcido... No, no son tiempos para romper nada...

~Evaristo...

~Dígame, señor López...

~Te llamo porque llevo dándole varias vueltas a un asunto que me preocupa...

El jefe de deportes de Radio Mospintoles acababa de llegar a la emisora. Ya no saldría de allí hasta que, sobre las doce de la noche, finalizase la emisión del programa "Radio Pelota". La idea de informar sobre lo acontecido en el Instituto Fernando Orejuela había sido todo un éxito. La audiencia, como atestiguaban las llamadas de teléfono y los comentarios en el Twitter del programa, había aumentado considerablemente. Y, por supuesto, la contratación publicitaria de última hora.

~Dígame, señor López...

El tono servil de Evaristo ante el presidente del Rayo no pasó desapercibido para Jacinto, su fiel colaborador. Este, a un gesto del jefe, salió del despacho.

~Verás, Evaristo. Estoy pensando que la idea de que hicieseis una serie de programas sobre aquello del Instituto ha cumplido su misión. Con dos noches ya hay bastante. Ha quedado claro que ese Remigio no tiene vínculo alguno con el Rayo, ni siquiera conmigo, y que es un hombre enfermo, que necesita ayuda psiquiátrica. Las pequeñas historias que Susana lleva contadas han entretenido mucho al personal y eso nos ha beneficiado en el plano mediático. Así se levanta una emisora, Evaristo, con imaginación, entretenimiento y el contacto permanente con la calle. Aunque no tenemos nada que ver con ese tipo era muy importante

adelantarnos a cualquier posible información malintencionada de quienes están a la expectativa para arrancarnos los ojos. La envidia, Evaristo, la envidia...

~Sí, señor López. Lo malo es que la chica está entrando en demasiadas interioridades y excesos que a nadie benefician. Yo habría dado la información de manera más escueta y selecta...

~Para lo que yo pretendía era mejor que fuera Susana quien diese la cara. La chica es brillante y decidida. Sabe contar las cosas... aunque su exceso de ganas y de energía puede llevarla a cometer algunos errores de bulto. Ha vendido muy bien la historia de ese viejo profesor que dio clases a Piquito. Casi se me saltan las lágrimas cuando relataba las quejas del profesor de gimnasia y, en fin, que la chica vale mucho pero tú tienes más experiencia, sabes el punto exacto al que hay que llegar a la hora de dar una noticia... Por eso te he pedido que la controlases. Con delicadeza, con tacto, pero controlada, Evaristo, controlada. Ahora te llamo porque quiero que esta noche ya no hable sobre este asunto del Instituto. Dile, pero díselo sin que sepa que son mis deseos y órdenes, que ya ha informado suficientemente, que el Rayo y yo mismo estamos muy contentos con lo que ha contado y lo que ha callado y que esta noche debe hablar mucho sobre Piquito y su pronta reaparición. Dile que cuente todo lo que estamos haciendo para que se recupere a la perfección, los gastos que eso nos ha originado, los desvelos de los médicos... Quiero que haga vibrar a los oyentes al evocar nuestra lucha por el ascenso a primera. Es vital que pida a la gente que debe acudir en masa al estadio porque necesitamos su ayuda, porque el equipo sin su afición no es nada... Somos los representantes de una gran ciudad y no podemos defraudar. ¿Serás capaz de hacerle llegar discretamente todo esto...? Esta noche tiene que acabarse el culebrón, Evaristo. Objetivo cumplido.

~La tía es dura de roer, señor López. No le garantizo...

~A ver, repíteme eso, Evaristo, que no lo he oído bien –replicó López con un tono que hizo temblar de pánico a su interlocutor. Este reuló inmediatamente.

~No se preocupe, señor López. Intentaré controlarla..., perdón, la controlaré al máximo para que se cumplan sus deseos y órdenes. Aunque tenga que amordazarla...

~Tampoco es eso, Evaristo. Confío en tu probada discreción, en tu gran experiencia y, sobre todo, en tu mano de seda. Te llamaré mañana...

Crónicas (deportivas) de Mospintoles © Cogollo y Mirlitón

<http://www.mospintoles.com>

Don Faustino empezaba a sentirse inquieto. Había ido a ver a Matute al taller porque este le había llamado el viernes hablándole de un coche que le podía interesar. Antes de que Sebas se enrollase con otro tema le preguntó decidido:

—¿Y qué hay de ese bolido bueno, bonito y barato que tenías para mí?

—Ah, pues... verá... (Pareciera que el Sebas no quería meterle mano al tema. Lo mismo lo ha vendido a otro, pensó el viejo profesor, y la jodimos, con la ilusión que me había hecho). El pasado jueves un cliente habitual me dijo que le urgía vender su coche. Se trata de un Audi con dos años de antigüedad y unos 30.000 kilómetros. No es la primera vez que hacemos algo parecido, actuando como intermediarios entre nuestros clientes. Este lunes estuve probándolo por la mañana y el coche va de escándalo. Yo lo compraría con los ojos cerrados, don Faustino. El cacharro que tiene ya ha dado de sí todo lo que podía y mantenerlo sólo le va a costar dinero y disgustos. El precio del Audi es una ganga, no lo va a encontrar en ningún sitio. Sólo hay un pequeño problema...

—¿Me pones los dientes largos con el coche y ahora me dices que hay un problema?

—El problema no existía pero surgió este lunes en cuanto me enteré que el dueño del coche... es el mismo que quiso rebanarle el pescuezo. Sí, el tal Remigio...

—Madre del amor hermoso... ¡Qué pequeño es el mundo, Sebas!

—Pues sí, amigo. Más pequeño de lo que pensamos... ¿Y ahora, qué me dice?

—¿Y qué opina él? —don Faustino necesitaba tiempo para encontrar una respuesta y su pregunta no era nada baladí.

—No lo sabemos. Tras su numerito del Instituto fue detenido y a estas horas no ha dado señales de vida. Estaba totalmente decidido a venderlo así que no creo que cambie de opinión, más si va a estar entre rejas un tiempo, pero habrá que esperar a que se ponga en contacto con nosotros. Mientras tanto usted se lo piensa. Supongo que la policía o el juez le dejarán llamar por teléfono alguna que otra vez, ¿no?

—Me lo pensaré pero lo que me pide el cuerpo, por mucha ganga que sea ese coche, es no comprarlo.

—Piénselo. Mañana, a primera hora, me da la respuesta. Espero que sea un sí porque sino hará el tonto.

—Me voy a marchar, Sebas. Quiero ir a darme un chapuzón a la piscina...

Crónicas (deportivas) de Mospintoles © Cogollo y Mirlitón

<http://www.mospintoles.com>

—Antes de que se vaya... ¿Sabe quién ha estado aquí esta mañana? —Se ve que el Sebas tenía todavía más ganas de palique. Lo contrario que don Faustino, quien se encogió de hombros—. Inmaculada, la madre de Piquito.

—¿Y...?

—Hombre, me ha hecho ilusión que por fin viniese a traerme su utilitario para que se lo revisemos. A través de ella quisiera contactar con Piquito. Admiro a ese chaval como jugador. Llegará muy lejos...

—A ti quien te interesa de verdad es la madre. Se te nota en los ojillos...

—Es que me trae buenos recuerdos, don Faustino.

—¿Qué interesantes recuerdos te trae la madre de Piquito? —aquello empezaba a interesarle. La vida te da sorpresas, sorpresas te da la vida.

—La conocí en Alcorcada allá por los primeros meses de 1993. Yo estaba soltero y perdía el culo por los coches y las mujeres. Ya había empezado a trabajar y ganaba un buen dinerito. Por entonces, usted lo sabrá porque vivía en esa ciudad, había un par de discotecas que atraían a todos los jóvenes de los pueblos y ciudades de alrededor. Precios baratos, mucha marcha y buen rollito. Ya sabe, chicas y chicos que íbamos a echar unos bailes, unos porros y a ponernos morados los unos con las otras. Bueno, yo sé de alguien al que esas cosas no le llamaban la atención...

—Sebas, yo siempre he pasado del fútbol y de las discotecas. Qué quieres, ya nací carcamal...

—Una noche conocí a Inmaculada. Era una chica que destacaba en la pista por cómo se movía, por su naturalidad, por su físico, por una pechonalidad que dejaba hipnotizados a los machos en celo que acudíamos allí en busca de hembra. Era una chica condenadamente guapa. Y, claro, estaba rodeada de moscones. De gente como yo, que iba allí a pasar un buen rato y a ver si salía algún plan.

—¿Y cómo acabó la cosa cuando tú fuiste el moscón elegido? ¿Le regalaste un libro, un disco o la invitaste al cine a ver una película de arte y ensayo?

—¡Qué antiguo, don Faustino! Eso sería en sus tiempos... ¡Leche, le hablo de los años noventa! Si salía un buen plan en la discoteca la cosa acababa normalmente en un coche o en una habitación de un hotelito de los alrededores. Luego, tras la juerga

y el meneo, cada uno se iba para su casa y santas pascuas. Ya ve, todo muy libre y sin compromiso. Como tenía que ser...

—Ya puestos en confianza, ¿cómo acabó el meneo y el cachondeo? —las confidencias de Matute se estaban poniendo muy interesantes...

—No lo sé. Inmaculada dejó de aparecer por la discoteca. Nadie supo decirme qué fue de ella. Al cabo de los años, un buen día la vi de lejos en una calle céntrica de Mospintoles. Me aproximé a ella pero por su mirada y gestos deduje que no quería saber nada de mí. O quizás no me reconoció... Yo ya estaba casado con María y había tenido al Sergio así que pensé que lo mejor era olvidarme del asunto aunque siempre he tenido ganas de saber por qué desapareció así, tan de repente. Aquello me pareció desconcertante y hasta temí lo peor. No sé, que le había pasado algo, que el padre había venido del pueblo y se la había llevado arrastrando a casa. Por eso, cuando hoy entró por la puerta tan sorpresivamente, pensé que quizás lograría resolver aquel misterio...

—¿Se lo has preguntado? —don Faustino estaba intrigadísimo con la historia del Sebas e Inmaculada allá en Alcorcada.

—¡Por supuesto!

—Vaya, vaya... nunca es tarde para desvelar los misterios del pasado...

El profesor, mientras decía esa tontería, estaba ya elucubrando con fechas de ese pasado. Fechas relacionadas con sus encuentros con Inmaculada en Alcorcada y que venían a coincidir sospechosamente con las que había dicho Matute en los suyos. Entonces le vino a la memoria, como un mazazo, una frase que Inma le soltó con total naturalidad el día anterior: "Con todo el lío que se montó con la estafa, de la que yo fui una víctima más porque los jefes se largaron de allí debiéndome varios meses de sueldo, sólo me faltó quedarme embarazada. Y eso es lo que ocurrió... Lo más grave... es que no estaba segura... de quién era el padre". ¡Coño, tenía razón, al menos ya había dos candidatos a ser padre de Piquito!, se dijo. Y entonces soltó la bomba...

—Inmaculada es madre soltera. ¿Has pensado que tú podrías ser... el padre de Piquito?

La cara que puso Sebastián Matute mereció quedar grabada para la posteridad. Lástima que no hubiera cerca un fotógrafo para inmortalizar el careto del marido de María Reina.

—No juegue con las cosas de comer, don Faustino. Ella me ha explicado que tuvo que regresar al pueblo urgentemente por motivos familiares y que sólo cuando se solucionaron, al cabo de varios años, se vino a vivir a Mospintoles.

—Ya, y el crío se lo trajo Papá Noel como regalo de Navidad...

—No le he preguntado sobre Piquito ni ella ha hablado de él. Si yo fuera el padre, ¿no me lo habría dicho? Seguro que no se acostó sólo conmigo como yo no me acosté sólo con ella. Supongo que tomaría sus medidas para evitar cualquier embarazo no deseado. De ese tipo de cosas no nos preocupábamos los hombres. En fin, don Faustino, que esa pregunta suya no me ha hecho ninguna gracia, pero que ninguna gracia...

TERCERA ENTREGA

Llevaba un buen rato peleándose con el agua de la piscina, brazada a brazada, cuando don Faustino se paró en seco -es un decir- en el inicio de la calle. No podía seguir. Su cuerpo agradecía la energía que aquel chapuzón le aportaba pero su mente estaba en otra cosa. Así no hay quien nade en condiciones, se dijo enfadado. De Mospintoles a Alcorcada y viceversa. De Inmaculada a Matute, pasando por Cañeque y Remigio. Era imposible alejar aquellos nombres de la mente. Resultaba patético que durante tantos años él se hubiera negado a repasar o revisar el pasado y ahora, maldita sea, en sólo tres días los recuerdos -lejanos o cercanos- no dejaban de martillearle el cerebro.

Salió de la piscina, se puso el albornoz y las chanclas y se fue hacia la zona de relax, inusualmente solitaria en esos momentos. Optó por sentarse en el amplio jacuzzi para relajarse un rato y recuperar las pulsaciones habituales, dejando la zona de los chorros de agua para más tarde.

Llevaba un par de minutos ensimismado en sus pensamientos, que inevitablemente giraban sobre lo que había ocurrido en los últimos tres días, cuando oyó una voz familiar.

—Don Faustino, ¿qué hace por aquí?

Crónicas (deportivas) de Mospintoles © Cogollo y Mirlitón

<http://www.mospintoles.com>

Aquella voz pertenecía a Carlos. No había vuelto a verlo desde que ocurriera el incidente del lunes y aunque no le gustaba encontrarse con colegas del trabajo en un lugar donde iba a despejarse y a olvidar el mundanal ruido, el encuentro con el joven profesor de gimnasia le vino de perlas para dejar de dar vueltas con la cabeza a Alcorcada, Inma, el Audi, Matute y el resto de la tropa.

—Celebro verte, Carlos. No sabía que tú también te pierdes por este antro...

—He venido invitado por un amigo de Mospintoles. Esta tarde me ha citado otra vez la policía para declarar y pensó que me vendría bien relajarme un poco tras la cita con los maderos. Vendrá dentro de un rato, cuando acabe una sesión de sauna. Como comprenderá, yo no necesito meter más calor y sofoco a mi cuerpo del que ya tiene.

—¿Y cómo ha ido la cosa?

—Según ellos no hay problema. Ya veremos lo que dice el juez cuando llegue el momento. Nunca había estado en una circunstancia como ésta y espero que sea la última. Cuando hace un par de años entré a trabajar como profesor de gimnasia no pensé que estaría desempeñando una profesión de alto riesgo.

—No conviertas la excepción en la norma, Carlos...

—Lo sé, don Faustino, pero comprenderá mi exageración. El curso pasado me tocó un Instituto de las afueras de Madrid situado en una zona muy deprimida. Lo pasé fatal. Era mi primer año dando clase, mis conocimientos pedagógicos eran nulos, lo cual dice mucho de la Universidad donde me formaron, y no acabé dando un puñetazo a algunos chavales porque dios no quiso. Y este año, en que el Instituto parecía estar formado por gente y alumnos más civilizados, ya ve...

—Ha sido cuestión de mala suerte.

—Quizás es que yo no valgo para esto. No tengo el aguante ni el saber que usted tiene, por ejemplo. Si me saliera algo para entrenar a un equipo de fútbol o para trabajar en un gimnasio, le daría tres patadas a la enseñanza, pero tal como está el asunto de la economía, bien jodido, dudo mucho que tenga esa suerte. ¿Usted qué me aconsejaría?

—Paciencia y barajar, amigo.

—Es que no la tengo, don Faustino, pero no me comeré el coco con esto. Buscaré otras alternativas. Alguna habrá donde pueda sentirme más feliz, aunque gane menos. Por cierto, como Belmonte me tiene prohibido acudir al Instituto esta semana, quisiera aprovechar este momento para darle las gracias personalmente por lo que hizo el otro día. Si no llega usted a salir de clase y acudir en mi ayuda a esta hora podría ser hombre muerto.

—Lo mismo digo, Carlos. Cuando ese Remigio se recuperó de la sorpresa de mi aparición fui yo el que estuve a punto de pasar a mejor vida. Nos debemos un favor mutuo.

—Le voy a confesar una cosa, don Faustino. Aunque trabajamos en el mismo lugar desde hace ocho meses, me caía usted un poco gordo. Quizás desde aquella pequeña discusión cuando preparábamos el partido inaugural del curso. Y lo cierto es que siempre que he oído hablar de usted lo han hecho de maravilla. El otro día, sin ir más lejos, esa periodista mulata, Susana...

—Crespo —añadió el viejo profesor.

—...le puso a usted por las nubes. Tengo la sensación de haber perdido el año en Mospintoles. Quizás si hubiera vivido aquí todo este tiempo habría conocido mejor la ciudad, a sus gentes, a muchos de mis colegas de Instituto, y así me habría resultado más grata y atractiva mi profesión. No sé, ando tan perdido, tan desencantado...

—Entonces estás en el buen camino. Con la que está cayendo lo contrario sería un suicidio...

El inspector Cañequé se acercó al Bar Manolo. Esperaba encontrar allí a don Faustino pues prefería verle en persona a tener que llamarlo por teléfono. Tenía noticias sobre la decisión judicial respecto a Remigio y consideraba un deber el trasladársela al profesor. En efecto, en una tarde-noche despacible en que por la calle apenas se veía un alma, en el fondo del reservado estaba el profe echándose una partida de ajedrez consigo mismo. De vez en cuando Manolo acudía a interesarse por cualquier nimiedad y regresaba al mostrador, donde varios parroquianos habituales charlaban sobre lo de siempre: la exitosa marcha del Rayo, ¡y eso que aún estaba lesionado Piquito!, y los cuatro próximos enfrentamientos entre el Real Madrid y el Barcelona en la Copa, la Liga y la Champions.

Crónicas (deportivas) de Mospintoles © Cogollo y Mirlitón

<http://www.mospintoles.com>

—Así me gusta, profesor: que juegue a caballo ganador. Es poco emocionante pero reconforta más.

—No se confunda, Cañequé. Jugar contra sí mismo tiene la ventaja de que uno siempre gana pero, por eso mismo, la seguridad de que también pierde.

El profesor extendió la mano al inspector.

—Llevábamos un año sin vernos y esta semana no me deja ni a sol ni a sombra. Siéntese y tome algo.

—Lo que estoy haciendo en estos momentos no es muy correcto, don Faustino, pero quisiera seguir viéndole el pelo en los tiempos venideros así que necesito decirle lo que quizás ya se imagina: al tal Remigio el juez le ha dicho que vale, que vuelva otro día y que mientras tanto se vaya a su casa a descansar. Espero haberle asustado un poco cuando me despedí de él en el hospital y haberle descruzado los cables cuando pedí que le dejaran ver a su hijo pero no estoy seguro del todo, de manera...

—...que me debo buscar un guardaespaldas temporal o permanecer encerrado en casita por si el Remigio vuelve a las andadas.

—Es un consejo de amigo, don Faustino. Nunca se sabe con esta gentuza... Ahí lo tiene ya, de patitas en la calle mientras que a usted o a ese joven profesor de gimnasia se les pondrán los güevos de corbata. La justicia, que es muy justa... ¿Qué, echamos una partida por si es la última de su vida?

El viejo profesor ni se inmutó. Sabía del negro sentido del humor de Cañequé. Es más. Sabía que en los próximos días, sacando tiempo de donde pudiera, el inspector estaría al acecho para impedir que nada le pasara. Más de una vez se lo había oído decir: "Yo odio el delito y compadezco a la víctima, no al delincuente, como dice la frase al uso. Nadie está obligado a matar, robar o hacer sufrir a los demás. Mi labor no termina con detener al presunto culpable. Finaliza cuando se ha hecho justicia. Mientras tanto hay que proteger a las víctimas".

—No me apetece jugar, Cañequé. Estaba esperándole. Esta semana he regresado al pasado forzado por los acontecimientos y por quienes me rodean. Quiero aprovechar la ocasión para resolver algunas interrogantes o asuntos pendientes. Sólo así podré enterrarlo definitivamente. Por eso hoy lo que me apetece es charlar con usted sobre aquellos años de Alcorcada. Esos de los que siempre le prohíbo hablar cuando nos sentamos de higos a brevas ante este tablero de ajedrez.

—¿Qué desea saber de ese pasado que todavía no sepa o intuya?

—Quiero que me cuente todo lo que recuerda sobre aquella estafa inmobiliaria del 93 en Alcorcada.

—Ya... Al profe le han entrado ganas de saber quién estuvo detrás de ella. Y qué fue de aquella chica con la que se dio sus buenos lotes durante unas cuantas semanas...

—Ya sé porqué es tan buen policía, Cañequé: porque lee el pensamiento de quien tiene delante.

—Sí, incluido el de mis jefes. Y por eso no he pasado de inspector. ¿Muevo pieza entonces?

—Empiece por la que más le plazca, por favor.

—A pesar de que el caso quedó sobreesido por falta de pruebas y porque los autores materiales o volaron o tenían muy buena coartada, yo seguí su rastro aún mucho tiempo después. Como un entretenimiento... Vamos, para matar el rato. No sólo fue usted, también otros amigos míos habían caído en las redes que tendió aquella oficina siniestra donde los engatusaba convenientemente una chica de recios pechos y mucho encanto y labia.

—Inmaculada...

—Sí, Inmaculada, la madre de Piquito, ese portentoso jugador del Rayo que va a conseguir que Mospintoles sea conocido en todo el planeta si las lesiones le respetan y sigue progresando a buen ritmo. Pero dejemos el asunto ese del fútbol, mi pasión...

—Se lo agradecería, inspector. Sufro de fútbolfobia...

—Je, je... Pues para esa enfermedad tan rara no se ha inventado ninguna medicina... Prometo no hablar de fútbol, profesor. Y si quiere, lo juro mano en alto ante este sagrado tablero de ajedrez, la antítesis del deporte de su fobia.

—Me conformo con que lo prometa. Cuénteme cómo se forjó aquella tropelía que se llevó los ahorros de varios cientos de familias, incluyendo los míos.

—Dos peces gordos, amigos desde el colegio, uno ligado a la banca y otro al trapicheo del comercio de la importación, decidieron hacer el negocio de sus vidas construyendo una urbanización en Alcorcada. El pelotazo empezó desde el

momento en que el suelo en que se iba a construir era una zona verde situada en un lugar privilegiado de la ciudad. El alcalde y dos concejales movieron todos los hilos para recalificar el lugar y pasarlo a edificable. Entonces el Ayuntamiento vendió el suelo recalificado a los peces gordos a un precio de saldo con el cuento chino de que medio pueblo iba a trabajar en la construcción de la urbanización. A cambio, los políticos que intervinieron en el enjuague se llevaron una recompensa millonaria. Bajo cuerda, claro. Todas las jugadas las teníamos bien contrastadas pero cuando el adversario es gente importante, ya sabe, políticos, ricachos y otras hierbas con cierto poder en las altas esferas, hay que tener todas las pruebas atadas y muy bien atadas para mostrarlas a la luz del día o si no te hunden. Sabíamos los tejemanejes, sospechábamos con fundamento pero faltaban algunas pruebas documentales determinantes, pruebas que casi nunca suelen aparecer, así como faltaba la valentía de los mandos, que suele brillar por su ausencia pues en estos casos tienen poco que ganar y mucho que perder. Así que, tras la recalificación y el pago de los favores a buen precio, los promotores tuvieron en sus manos un negocio redondísimo ya que el coste del suelo les había salido muy barato mientras que los precios de los pisos y chalets puestos a la venta iban a precio de mercado.

—¿Quiénes eran esos dos peces gordos? Nunca nos lo dijeron...

—En estos momentos uno dirige un banco del país y el otro, aunque ya fallecido, sigue cabalgando a lomos de su hijo.

—¿Un tal Melitón? —preguntó con mucho aplomo don Faustino, con la seguridad de saber ya la respuesta.

—¡Bingo, profesor! El padre se llamaba Melitón... y el hijo también. Verá porqué hablo del hijo. Aquellos dos tiburones de los negocios se buscaron otros tantos brazos ejecutivos. Uno se encargaría de la construcción del complejo y el otro llevaría a cabo todo el operativo de promoción y venta. Para el primer cargo escogieron a uno de los constructores más sinvergüenzas que ha habido en este país y para el segundo optaron por alguien de la casa: el hijo del que se dedicaba a la importación. Entre la propaganda escrita y radiada y el palique y el encanto de la chica de la oficina los pisos empezaron a venderse como rosquillas. La estupidez típica de este país: comprarse un piso que todavía no se ha construido, creerse las bondades de lo que le venden y, lo peor, adelantar un dinero a cuenta por algo que todavía es humo. El amor al ladrillo que tienen los españolitos roza lo enfermizo, amigo.

—Habrá de todo, Cañequé. Yo quería establecerme definitivamente en Alcorcada y estaba harto de pagar un montón de billetes cada mes por el alquiler de un piso de mierda. Cada vez que se los entregaba al dueño, se me partía el alma de ver cómo aquel pirata se los llevaba en negro y en caliente. Un indocumentado al que de buena gana hubiera retorcido el pescuezo y denunciado al juzgado.

—Sí, y dicho entre nosotros, el asunto de la vivienda de este país casi siempre ha estado y está en manos de piratas, pero una cosa es pagar un alquiler demasiado elevado por un cuchitril ajeno y otra el que la vivienda propia se compre sobre plano y con dinero por adelantado. ¡Estamos poniendo alegremente el culo para que nos jodan bien jodidos! Y eso fue lo que pasó en Alcorcada con la fabulosa promoción que hizo la inmobiliaria "Tu casa". Conforme los depósitos a cuenta iban entrando en el banco del tiburón, iban saliendo como inversiones en negocios rápidos, en compra de otros terrenos, etc. Por si fuera poco, y antes de reintegrarse parte de esas inversiones, el dinero recibido por el constructor para iniciar los primeros trabajos voló en sucios negocios relacionados con la droga. Empezaron a reclamar los primeros compradores viendo que las obras no se iniciaban y entonces se descubrió el pastel. El constructor voló del gallinero llevándose una parte importante de la pasta destinada a las obras. En la cuenta del banco también faltaba dinero pues algunas de las inversiones iban más lentas de lo convenido y no había sido posible su reintegro en el tiempo esperado.

—Joder, y yo sin enterarme de nada...

—Usted, don Faustino, estaba muy entretenido acostándose con la chica de la inmobiliaria. Con Inmaculada, la futura madre de Piquito. No..., no censure mis palabras... Cualquiera en su lugar las celebraría con orgullo.

—Pero cómo sabe...

—La policía no es tonta, profesor, no es tonta. La tontura se la dejamos a quienes elaboran las leyes sin ponerse antes en el pellejo de las víctimas. Pensamos que la chica estaba implicada pero nada de eso: era una pardilla, una desgraciada a la que le debían varias mensualidades de su trabajo. Recuerdo que me tocó tomarle declaración y estuvo todo el rato llorando como una madalena. No tengo nada que ver, soy inocente, decía. La creí desde el primer momento pero tenía que forzar su memoria, sus recuerdos, para que buscara cualquier dato, por nimio y absurdo que le pareciera, y con ese dato pudiéramos encontrar el hilo que nos llevara a todo el ovillo. No sirvió de mucho. Los dos tiburones no colaboraron nada de nada. Según

ellos el responsable era el constructor, que se había llevado casi todo el dinero. Las cuentas que nos mostraron no cuadraban pues le endosaban el ochenta por ciento de la pasta depositada por los compradores cuando nuestras sospechas es que sólo era el cuarenta, pero los papeles y los traspasos y los nombres y las firmas allí estaban para contradecir nuestras tesis. Pura ingeniería financiera.

—Pero esas evidencias tan claras...

—Tan claras... para la policía, amigo. Luego llegan los abogados de una y otra parte, empiezan a ladrar entre ellos, a veces se ponen de acuerdo, a veces se tiran los trastos a la cabeza... Empiezan a sacar leyes, normas, sentencias pasadas y nosotros ya no pintamos nada. Nos hacemos la picha un lío. En asuntos de economía las cosas no son tan sencillas como cuando hay un cadáver y tiramos de autopsia, huellas y coartadas. Cuando lo que hay por medio es sólo pasta, mucha pasta, nosotros nos perdemos. Ya me dirá con la mierda de sueldo que ganamos al mes, jugándonos el pescuezo a menudo, qué experiencia tenemos en desentrañar tramas económicas millonarias que se enrollan como mil persianas. La ingeniería financiera, al menos en aquellos años, no era nuestro fuerte. Si no podíamos meter mano a los dos tiburones, a los que defendía con uñas y dientes el propio banco, menos íbamos a poder hacer con sus brazos ejecutivos. El constructor desapareció del mapa, como bien sabe. Lo hizo sin dejar el más mínimo rastro. Como un auténtico profesional. A él se le echó el muerto de la estafa cuando al final resulta que el muerto era él porque no sé si sabrá que ocho años más tarde, sobreseído el caso por falta de pruebas y desaparición del presunto culpable, apareció su cuerpo en el apartamento de una ciudad colombiana. Acribillado a balazos. Probablemente un asunto de narcotráfico. No pudimos, ni nos permitieron, averiguar nada sobre aquellos ocho años de huida.

CUARTA ENTREGA

Don Faustino asistía a la conversación con el inspector Cañequé con la misma cara de estupefacción y asombro que Martita, su genial alumna, ponía cuando él contaba alguna historia fantástica en la clase de Lengua. Habían pasado ya tantos años de aquella estafa que era imposible escandalizarse pese a que los primeros meses en que se produjo lo pasó muy mal, como todos aquellos que habían depositado su dinero y su confianza en aquella inmobiliaria. Pasados aquellos momentos de rabia y estupor había cerrado página y una vez que le comunicaron la sentencia del caso, tiró al olvido todo aquello. Sólo que el reencuentro con el inspector Cañequé, no como circunstancial amigo y acompañante de una partida de ajedrez, sino como policía ejerciente tras la agresión de Remigio, le había traído a la memoria todos

Crónicas (deportivas) de Mospintoles © Cogollo y Mirlitón

<http://www.mospintoles.com>

aquellos recuerdos sepultados por años de olvido consciente. Y, por si fuera poco, el reencuentro vis a vis con Inmaculada había acabado por reabrirlos. No digamos cuando Matute le contó lo bien que se lo pasaba con ella en unas semanas que coincidieron con aquellos tristes acontecimientos. Por no remontarse a la noche en que oyó de labios de su amigo Manolo, en aquella grata cena en el Asador Castilla, el fatídico nombre de Melitón, momento a partir del cual algo se removió en su adormecida memoria. Algo que, desde entonces, no había dejado de hormiguearle el cerebro hasta acabar retrotrayéndolo finalmente a los primeros meses de 1993.

—¿Y qué pasó con el que se encargaba de la promoción y venta de los pisos? –El nombre de Melitón le vino a la boca como si se tratara de un trago amargo—. Ese tipo también se fue de rositas. Tanto que nadie pudo verle el pelo ni antes ni después.

—Melitón..., el hijo de uno de los peces gordos... Estuvo tan protegido en todo el proceso que yo sólo pude hablar una vez con él. El tipo tenía una coartada perfecta. La inmobiliaria era una sociedad limitada a nombre de su padre y su compañero de correrías y él pasaba por allí. Era un simple asalariado. Aunque encargado de la promoción y venta a cachitos de la urbanización, su contrato era del mismo tipo que el de la chica que daba la cara en la oficina. Me acuerdo que le pregunté, “pues a ella le deben varios meses y a usted le han pagado hasta la última peseta”. “En algo se tiene que notar que soy el hijo de uno de los promotores”, me respondió el hijoputa. Salió de aquel chanchullo limpio de polvos y pajas. Bueno, de polvos no, porque le echó unos pocos a la chica, a Inmaculada...

—¿Y eso cómo lo sabe, Cañequé? –a don Faustino se le iban y venían los colores.

—¿Qué cómo lo sé? Pues porque la chica me lo contó todo entre lloro y lloro... En un principio la creíamos implicada y pensando que era el eslabón más débil le apretamos un poco las clavijas a ver si cantaba la traviata. Y lo hizo, sólo que lo más interesante que nos contó fueron sus escarceos de cama y mantel con algunos hombres que la rondaban. En esos años Inmaculada no tenía prejuicios y disfrutaba de la vida al máximo, puliéndose todo el dinero que ganaba con su trabajo. Y lo entiendo porque se había largado del pueblo y de su casa para encontrar una vida mejor y más plena. A sus veinte años quiso ponerse el mundo por montera y se lo puso durante una temporada hasta que se pegó el batacazo.

Don Faustino permanecía callado escuchando las observaciones de Cañequé. Decididamente se le había venido abajo el mito de Inmaculada. Aquella chica con la que tiernamente compartió mantel y cama durante un par de meses resulta que se

tiraba a todo el que pasaba por delante de sus tetas. No, no desaprobaba su conducta. Al fin y al cabo qué buscaba él en aquellos años, y Matute y ese maldito Melitón sino disfrutar y pasarlo bien retozando en los brazos de gente del otro sexo. Sólo que si eso era cierto, Inmaculada quizás había tenido un serio problema para saber quién era el padre de su hijo. Porque tras haber mirado la fecha de nacimiento de Piquito que aún conservaba en el ordenador, don Faustino estaba convencido de que el mes en que Inmaculada se quedó embarazada coincidía con el que ella había tenido relaciones simultáneas con él y con Matute. ¡Ahora sólo faltaba que también coincidiese con Melitón, lo cual era muy probable! ¿De dónde sacaría tiempo y ganas para montárselo con tres a la vez?

—Voy a ir cortando el rollo, don Faustino. Me he extendido demasiado pero seguro que es lo que usted quería. Ya podrá enterrar por fin ese pasado de Alcorcada que no quería recordar porque le traía malos recuerdos y algunas sombras. Aquella chica disfrutaba la vida de lo lindo y no somos nadie para criticar algo que nosotros mismos también hicimos. Tras el escándalo de la estafa, sin un duro en el bolsillo y sin trabajo, desapareció de Alcorcada sin decir adiós a nadie, ni siquiera a sus amantes. Unos cuantos meses después volvimos sobre ella por si había alguna novedad pero ni siquiera la abordamos. Estaba en su pueblo, vivía con sus padres y era evidente su embarazo. Quien podía imaginar que, un par de años más tarde, la chica se vendría a vivir a Mospintoles, a donde también regresamos usted y yo, y que su hijo se convertiría luego en uno de los futbolistas más completos que yo he visto nunca en un campo de fútbol. No sé usted, pero yo me he preguntado muchas veces quien será el padre de Piquito aunque intuyo que no anda demasiado lejos de Mospintoles.

—Sólo me queda una duda o curiosidad, Cañequé. Ese Melitón, el hijo, ¿por dónde anda? ¿Sabe algo de él? Lo vi un día, muy fugazmente, salir de la oficina. Le pregunté a Inmaculada. Es mi jefe, me dijo. No logré sonsacarle el nombre pero una noche, en un momento de conversación sincera, me dio un nombre que yo creí de cachondeo: Melitón. Luego lo asocié, no sé porqué, a aquel tipo de larga melena y gabardina gris que, según Inmaculada, era su jefe. Hace poco salió su nombre en una cena de amigos y no se lo va a creer pero de asociación en asociación llegué, eso sí, con ciertas dudas, a adjudicárselo a alguien muy importante de Mospintoles.

—Es ese que está pensando, amigo. Ese mismo...

—Dígamelo usted, inspector, ya que sabe leer tan estupendamente la mente de sus víctimas...

Crónicas (deportivas) de Mospintoles © Cogollo y Mirlitón

<http://www.mospintoles.com>

—Je, je... No puede ser otro que el señorito López, don Melitón López, el presidente del Rayo.

Iban transcurridos quince minutos de programa y a Evaristo, el jefe de deportes de Radio Mospintoles, se lo llevaban los demonios. Mira que le había dicho a Susana, esa mulatita de mierda que le había birlado la confianza plena de López, que el culebrón del incidente del Instituto tenía que acabarse ya, que lo importante ahora era recuperar el fútbol del Rayo, su exitosa campaña y la pronta reaparición de Piquito. Había estado a punto de revelar a voz en grito que no era él quien se lo pedía, quien se lo exigía, sino el propio López, al que en esos momentos maldecía por obligarle a mantener una postura de correveidile vergonzoso y secreto, algo a lo que no estaba acostumbrado. La chica le había dicho que contaría sus últimas investigaciones muy rápidamente y que pasaría a ocuparse directamente del Rayo, aunque faltaban todavía cuatro días para el partido del domingo y no corría tanta prisa, joder. Evaristo la fulminaba con los ojos mientras Susana le miraba sonriente, con una mirada desafiante y casi lasciva, como diciéndole, ya mandas poco, ahora empiezo a cortar yo el bacalao y pronto estarás acabado, Evaristo.

Habían sido quince minutos de un sin vivir en él. Cada llamada telefónica le provocaba un incremento de la sudoración pensando que el propio López estuviese al otro lado para decirle incapaz, inútil, ¿no ves que no te hace caso?, estás acabado... El colmo fue la lectura del comunicado de los profesores del Instituto acerca del incidente del lunes y en el que ponían a parir al Ayuntamiento, a su amigo Segis, el alcalde, así como a las autoridades educativas. Pero el calvario no había finalizado porque poco después había leído otro comunicado aún peor: el de la Asociación de Padres y Madres del Instituto. No sólo reforzaba la opinión del profesorado sino que iba más allá. Enumeraba todos los incumplimientos que las autoridades locales y regionales habían tenido con el centro educativo, desglosaban las numerosas deficiencias estructurales del mismo y en el colmo de los colmos, de cara a las próximas elecciones municipales, pedía el voto públicamente para cualquier partido que no fuese el actualmente gobernante en la ciudad. Aquello era una bofetada en toda regla. Los teléfonos habían empezado a sonar con gente a favor y en contra, el twitter echaba humo. La mulatita se iba a acordar de aquella noche para el resto de sus días. La iba a joder bien jodida aunque fuese lo último que López le dejara hacer.

Entonces llegó la primera pausa publicitaria. Susana dio por concluido su serial sobre el Instituto, tras haber presentado durante tres noches todo un popurrí de noticias, cotilleos, declaraciones, historias cotidianas de personajes de Mospintoles, a los que en unos casos trataba con cariño y en otros a degüello. No lo debía haber hecho tan mal cuando las audiencias y la publicidad habían subido muchos enteros, pese a lo cual notaba que Evaristo la seguía teniendo entre ceja y ceja. Que le dieran morcilla.

—Queridos oyentes, regresamos tras dos minutos de publicidad.

Nada más empezar a escucharse la música del primer anuncio Evaristo saltó como un tigre de su asiento y se acercó con el rostro crispado hacia donde estaba Susana.

—¡Me has jodido Susana! ¡Tenías que haberte limitado a hablar sobre el Rayo y Piquito! ¡Ese comunicado de la AMPA nunca debiste leerlo en antena! ¡Eres una mierda pinchada con un palo! ¡Una negra mierda que está aquí porque se te da muy bien abrirte de piernas! ¡Eres una...!

En la casa de María Reina y Sebastián Matute estaban enganchados al programa “Radio Pelota” desde que supieron que iba a informar sobre el incidente del Instituto. Matute, habitual seguidor del programa, había convencido a su mujer para que le acompañara en la escucha. María, además de la posible información, sentía curiosidad por evaluar a Susana, esa chica periodista de la que sospechaba -aunque sin ninguna prueba por el momento- que podía tener algún trato afectivo con su marido.

» Queridos oyentes, regresamos en un minuto para finalizar nuestro programa de hoy dándoles las últimas noticias del Rayo.

—Me voy a la cama, Sebas. Esa chica la ha cagado con la lectura del comunicado de la AMPA –dijo María levantándose, pero se quedó petrificada cuando notó cómo tras el fondo de la sintonía musical de unos grandes almacenes la voz de un hombre bramaba fuera de sí.

» ¡Me has jodido Susana! ¡Tenías que haberte limitado a hablar toda la noche sobre el Rayo y Piquito! ¡Ese comunicado de la AMPA nunca debiste leerlo en antena! ¡Eres una mierda pinchada con un palo! ¡Una negra mierda que está aquí porque se te da muy bien abrirte de piernas! ¡Eres una...!

Crónicas (deportivas) de Mospintoles © Cogollo y Mirlitón

<http://www.mospintoles.com>

De pronto la emisora enmudeció. Marido y mujer se miraron atónitos. Sólo Sebas atinó a decir, llevándose las manos a la cabeza...

—Jooooodeeeeer!

Aquella expresión hizo reaccionar a María en una dirección que él nunca habría esperado.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! A la Susana se le da muy bien abrirse de piernas...

—¡Pero...! —balbuceó Matute.

—No me extrañaría que tú fueses uno de los que se las abre...

Aquella noche mucha gente no durmió bien en Mospintoles. Una descoordinación imperdonable o un sabotaje en toda regla —eso nunca se sabría— había dejado abierto un micrófono del locutorio mientras sonaba la publicidad. Ni Susana ni Evaristo se habían dado cuenta de nada hasta que vieron el rostro aterrado del técnico de sonido. Entonces comprendieron. Susana se echó a llorar, en un ataque de aguda histeria, y Evaristo salió corriendo hacia su despacho con la cara más blanca que la leche. El programa se dio por concluido. Los teléfonos seguían echando humo. El móvil del jefe de Deportes de Radio Mospintoles empezó a sonar. Evaristo temblaba agarrado a los brazos de su sillón. Miró el número de su interlocutor. Se lo sabía de memoria. Nervioso, le dio a la tecla de llamadas.

~Evaristo, soy López...

Un minuto más tarde, su colaborador Jacinto entraba en el despacho y lo encontraba desmadejado, con la cabeza sobre la mesa. Rápidamente llamó a una ambulancia.